

de la calle abierta, pero todas las ventanas perfectamente cerradas: pronto estaré de vuelta.

Don Enrique entró á una estancia, sentóse en un sitio y comenzó á meditar.

Pensaba en Doña Ana, en Morgan, en los piratas, en sus recuerdos de infancia. El, un rico heredero, uno de los jóvenes mas nobles de México, reducido por mil circunstancias que él mismo no sabia explicarse, á huir de su patria y vivir entre los piratas!

Su memoria le trajo con una cruel fidelidad cuanto le habia acontecido la noche del sarao en la casa de Doña Marina; y aquel recuerdo encendió su sangre, aquella intriga negra y horrible habia sido sin duda la causa de la persecucion que le habia declarado el virey, y sin poderse contener, exclamó:

—¡Ah! ¡si yo pudiera volver á México por dos horas no mas!..... Ese hombre se reirá de mí..... y yo soy impotente para castigarle, y he perdido por él patria, nombre, familia, todo, todo; hasta mi porvenir, porque aunque yo haya prometido á Julia una época de ventura, ¿podré cumplirle esta promesa? ¿podré alguna vez presentarme en México?.....

Y Don Enrique inclinó la cabeza y olvidó el presente para perderse en un mar de recuerdos y de esperanzas.

—Aquí estamos—dijo repentinamente una voz.

Don Enrique se levantó sobresaltado, y vió delante de sí á José el pescador, seguido de otros dos hombres de mala catadura.

—¿Qué hay por la ciudad?—preguntó Don Enrique.

—Nada, absolutamente nada; todo está tranquilo, nadie piensa en los piratas, nadie se figura que estén cerca; creo que el golpe es seguro.

VIII.

Dos antiguos rivales.

José el pescador habia ocultado á Don Enrique en una casa que estaba muy cerca del pequeño castillo ocupado por los comerciantes de la ciudad.

Durante toda la noche José no habia descansado un solo momento. La casa en que estaba Don Enrique era muy grande, pero se hallaba casi abandonada, pues era de aquellas que solo ocupaban los comerciantes de Panamá cuando por motivo de la llegada á Portobelo de los galeones de España, tenian necesidad de trasladar su domicilio.

Aquella casa, cuando Don Enrique llegó, estaba al cargo de una familia pobre, que cuidaba de su conservacion y que habitaba en la portería; pero aquella familia, apenas se presentó José el pescador y habló con ella un momento, cuando abrió todas las estancias y salones.

—Cuidad de que no se vea luz—dijo José;—la puerta

—¿Y qué se ha adelantado?

—Mucho: estos dos que veis aquí son hombres de toda confianza que deben colocarse desde este momento en la puerta para reconocer á todos los nuestros que vayan llegando, y para no permitir la salida á ninguno: poco á poco irán llegando los hombres á quienes he podido dar aviso, y se os presentarán; no teneis que pedirles contraseña ni debéis desconfiar de ellos, porque cuando lleguen hasta vos estarán ya reconocidos por estos, y solo os verán para que os conozcan y vos los podáis conocer tambien; despues ya sabreis á qué hora y en qué momento los haceis salir: yo me voy.

—¿Por qué?

—Voy á recoger á los demás amigos.

—Pues cuidado de colocar á los que deben estar á la entrada.

—Lo haré—dijo José, y volvió á salir.

Casi desde este instante comenzaron á llegar hombres armados que se presentaban á Don Enrique.

Habia entre ellos de todas las naciones, y vestian todos los trages conocidos en aquella sociedad. Don Enrique creyó estar pasando una revista á las tropas de Morgan, y no se admiró de que fuesen aliados de los que venian á atacar.

La casa estaba llena; habia allí mas de trescientos hombres, y comenzaba ya á amanecer cuando volvió José el pescador.

—¿Qué habrá sucedido?—preguntó á Don Enrique;—el dia va aclarando, la noche ha pasado, y nuestros amigos no parecen: seria para nosotros un horrible compromiso; quizá á muchos nos costaria inútilmente la vida.

—Espero que no tardarán; quién sabe qué obstáculo habrán encontrado en su camino.

—Pero es que ya los hombres se impacientan, murmuran; quieren salir de aquí antes que puedan ser vistos por la gente con la luz de la mañana.

—Que esperen.

—No es posible; si no hay nada en la noche, ¿cómo salen de aquí estos hombres? ¿cómo atraviesan la ciudad de dia y armados? Quizá esto solo bastaria para que los prendieran.

En este instante, dos hombres de los que se habian reunido en la casa se presentaron delante de Don Enrique y de José sin ceremonia alguna.

—¿Qué quereis?—dijo Don Enrique, suponiendo á lo que venian.

—Queremos—contestó con altanería uno de ellos—saber si se trata de burlarse de nosotros, y todos los compañeros, que no son hombres para andarse con chanzas, nos envian para arreglar este negocio.

—¿Y bien?—dijo Don Enrique.

—Y bien—continuó el hombre;—que se nos ha sacado de nuestras casas con engaño, prometiéndonos y contándonos que esta noche Morgan y Juan Darien estarian aquí y atacarían por fuera la ciudad, mientras que nosotros les ayudábamos por el interior: hemos dejado á nuestras familias y hemos pasado toda la noche en espera; la noche se acaba, y necesitamos saber antes que salga la luz lo que pase aquí, porque si llega el dia no podremos sin peligro inminente salir de aquí.

—Pues ya lo veis—contestó Don Enrique;—yo espero tambien y estoy en la misma incertidumbre que vosotros.

—Es decir—replicó un hombre de aquellos—que sin tener una plena seguridad nos habeis comprometido; es decir que habeis jugado con nosotros, que nos habeis engañado.

—¿Cómo se entiende?—exclamó Don Enrique, levantándose pálido de furor y con su gran cuchillo en la mano.

—Se entiende así—contestó el hombre, desnudando también un puñal, acción que imitó también su compañero;—se entiende así, que tú has jugado con nosotros, que nos has engañado, que nos has comprometido; pero que te vamos á castigar en nombre de todos, para que no te acontezca jamás hacer otro tanto con nadie.

—¿Os atreveréis?—exclamó José el pescador.

—Sí tal; y agradece tú, José el pescador, agradece á que eres tan buen amigo y á que tú también has sido engañado, que si no, por tí comenzaba el castigo: es cosa decidida por todos.

—Pues para tocar á este hombre, primero me mataréis á mí—dijo el pescador con resolución, desnudando su cuchillo y poniéndose al lado de Don Enrique.

Los otros dieron, ya con gran vacilación, un paso adelante.

—Vamos, vamos, quietos—dijo el pescador;—ya me conocéis á mí todos vosotros, ya sabéis que solo basto para cinco; no me pongais en el duro trance de enviaros por mi mano á la otra vida.

—Mira, José—replicó uno de los hombres—ya sabemos lo que tú vales; quítate de en medio, déjanos castigar á ese; es cosa resuelta matarlo porque nos ha engañado, y cueste lo que cueste. Retírate, José.

—Nunca.

—¿No?

—No.

—Pues por tu culpa morirás también—exclamó uno de los hombres, y abrió la puerta, por donde se precipitaron como rabiosos todos los que pudieron caber en la estancia; pero sin gritar, en silencio, como sombras que no hacían ruido.

Don Enrique y el pescador se habían refugiado en uno de los ángulos de la estancia, y formándose una trincherá con los sitiales esperaban el ataque, del que ni pensaban siquiera salir con vida.

—Por última vez, José, ¿nos dejas libres para castigar á ese hombre sin atravesarte en nuestro camino?

—No!—contestó resueltamente José.

—Pues concluyamos, que ya está amaneciendo—dijo una voz; y todos se disponían á arrojar el puñal en la mano sobre Don Enrique y José, que esperaban pálidos pero serenos la segura muerte, cuando á lo lejos se escuchó el estampido de un cañonazo, y las paredes de la casa se estremecieron.

Don Enrique y el pescador conocieron que se habían salvado; un minuto más que hubiera tardado el ataque, eran hombres muertos.

Todo el mundo había quedado inmóvil; los fuegos se continuaban cada vez más nutridos, y nadie se atrevía á hablar una palabra.

Se comprendía que había un ataque formal sobre uno de los castillos.

—¿Os había yo engañado, miserables?—gritó Don Enrique.

Nadie se atrevió á contestar.

—Respondedme: os llamo para una gran empresa, ¿y me pagais con quererme asesinar?..... No me valdré ya de vosotros para esta acción.

—Señor—dijo José el pescador—los amigos están arrepentidos de su ligereza, estoy cierto de ello; yo los conozco: perdonadles, llevadles á pelear, y vereis cómo allí hacen olvidar las faltas con su valor.

Don Enrique fingió una gran indignación; pero en el fon-

do estaba contento de haber escapado de tan inminente peligro, y deseando llevar á aquellos hombres al combate.

—Bien—exclamó—olvidemos lo que ha pasado, y dispongámonos á tomar parte en la funcion: oid cómo se batien; es preciso escoger el momento oportuno para salir.

—Sí—agregó José;—en este momento aun están en la ciudad las tropas que manda el gobernador en persona, que son en número superiores á nosotros, y nos sacrificarian inútilmente; voy yo mismo á aprovechar la alarma y el desórden que debe haber, y observando los movimientos de las tropas, vendré á daros aviso oportuno para que podais salir en ayuda de nuestros amigos.

Y José salió violentamente á la calle.

Don Enrique comenzó á alistar y á animar á su gente.

La puerta de la casa permanecía cerrada; pero al través de ella se escuchaban las pisadas de los que pasaban corriendo á pié ó á caballo, y palabras y frases que eran por sí solas una historia.

—Ya casi están derrotados—decian unos al pasar;—y otros—sigue terrible el asalto;—ya van á salir los refuerzos;—se va la tropa con el gobernador;—yo ya escondí todo;—me voy al monte.

Y otras mil cosas que indicaban la alarma y confusion que reinaba en la ciudad.

De repente se escuchó un horrible estallido, y la casa se cimbró hasta los cimientos, y algunos batientes de las ventanas se abrieron con violencia.

Llamaron fuertemente á la puerta; era José el pescador.

—¡Es el momento!—exclamó, jadeando de fatiga y de emocion—¡es el momento! salgamos: Juan Darien ha volado con todo y prisioneros uno de los castillos grandes, despues de que lo tomaron, y Morgan está en el otro castillo,

en donde se ha refugiado el gobernador con toda su tropa: vamos á atacar el castillo chico que ocupan los mercaderes armados, y en donde han encerrado la mayor parte de sus riquezas.

—¡Al asalto!—gritó Don Enrique.

—¡Al asalto!—contestaron todos, formando con las voces una especie de trueno que se escuchó muy lejos.

Y Don Enrique salió de la casa, seguido de aquella multitud, que blandia sus armas y que gritaba, ansiosa de sangre y de botin.

Algunas familias que corrian por la calle, huyeron des-pavoridas al ver á aquellos hombres.

Se escuchaban á lo lejos las descargas repetidas de los cañones y de la mosquetería, el cielo estaba negro del humo de la pólvora y de los incendios y del polvo que levantara al volar el castillo, y fuera del ruido del combate, la ciudad estaba desierta y silenciosa; pavor causaban sus calles solitarias y las puertas abiertas de sus abandonadas habitaciones.

La tropa de Don Enrique se presentó delante del castillo que ocupaban los comerciantes, y fué recibida con una descarga que puso á muchos fuera de combate; pero los asaltantes cargaron con tanto vigor, que podia asegurarse que el triunfo no era ni dudoso.

En un momento se improvisaron escalas y arietes, y se comenzó en toda forma el asalto; las puertas cayeron al golpe de las hachas, y parte de los sitiadores penetraron por allí, en el mismo momento en que Don Enrique, á la cabeza de los mas atrevidos, saltaba el primero sobre la muralla.

Los defensores, atacados por todas partes, se rindieron, y en el último grupo de los que deponian las armas el jefe quedó tambien prisionero.

Don Enrique se dirigió á aquel grupo en busca del jefe, que por su parte salió á su encuentro; los dos se reconocieron y se miraron.

—¡Don Enrique Ruiz de Mendilueta!—exclamó el Indiano, que era el jefe de los vencidos.

—¡Don Diego de Alvarez!—gritó Don Enrique.

En este momento Juan el pescador izaba en las almenas del castillo una bandera inglesa.

IX.

Venganza.

LA turba vencedora gritaba y se apoderaba de cuanto contenía el castillo; dinero, mercancías, armas, mujeres, todo era arrebatado y todo se sacaba de allí inmediatamente, porque aquellos hombres temían que á su turno los piratas los despojasen del botín.

Por todas partes se escuchaba el ruido de las hachas con que se rompían las puertas y las cajas, los gritos de alegría de los que encontraban una buena presa, los gemidos de los moribundos y los ayes de angustia y de terror de las damas, que arrebatadas del seno de sus espantadas familias, salían del castillo en brazos de sus raptos.

Aquella era una escena espantosa, y los que no se dedicaban al saqueo ó que estaban ya satisfechos, amenazaban con la muerte á los prisioneros, y calmada su sed de oro, buscaban saciar su sed de sangre.

El Indiano y sus compañeros de desgracia esperaban la